

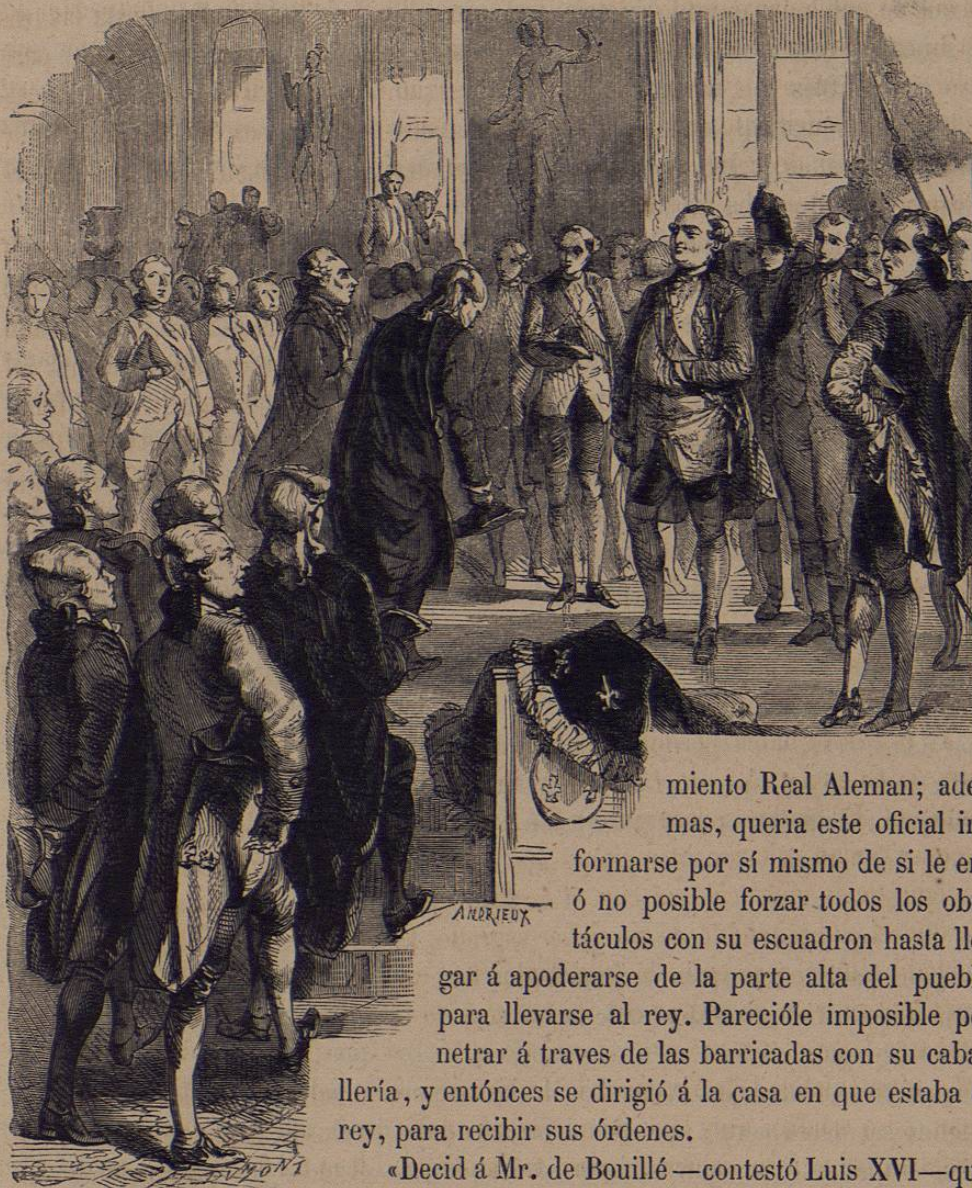
El correo que había enviado á Paris la municipalidad no había salido hasta las tres de la mañana, y necesitaba veinte horas para llegar á Paris y otras tantas para volver. El tiempo que tardase en reunirse la Asamblea para deliberar no podía calcularse prudentemente en ménos de tres ó cuatro horas; así es que Mr. de Bouillé podía disponer de cerca de cuarenta y ocho ántes que pudiesen llegar allí las órdenes de la capital.

Por otra parte, no era fácil saber cuál sería el estado de Paris, ni lo que allí habría pasado al tener conocimiento de la evasión del rey. Quizá el arrepentimiento y el terror se habrían apoderado del pueblo; quizá la anarquía hubiese derribado los débiles diques que podía oponerle una Asamblea anárquica en sí misma; tal vez el grito de traición habría respondido al primer toque de rebato, y quizá Lafayette habría sido asesinado como un traidor, y la guardia nacional disuelta. Tampoco era imposible que los buenos ciudadanos, validos de esta consternación súbita de los facciosos, hubiesen logrado dominarlos. Tal vez no habría quien diese órdenes ni quien las ejecutase, y la nación, desarmada y temblorosa, vendría voluntariamente á postrarse á los piés del rey é impetrar su perdón. Estas eran las quimeras que como último consuelo ocupaban la imaginación de aquellos ilustres desgraciados en aquella noche fatal en que, amontonados en un cuarto pequeño, apenas podían respirar de calor.

Al rey se le había permitido hablar con varios oficiales de los destacamentos, y Mr. de Goguelat, Mr. de Choiseul y Mr. de Damas habían penetrado hasta su habitación. El síndico procurador y los demás individuos de la municipalidad de Varennes tenían mil consideraciones con el rey, á quien compadecían de corazón en medio de la violencia que con él estaban ejerciendo, y que creían no ser otra cosa que el cumplimiento de un deber sagrado. El pueblo no pasa de repente del respeto al ultraje, y en todos los sacrilegios hay un momento de indecisión, en que parece que se trata de rodear del mayor respeto lo mismo que muy en breve va á profanarse.

La municipalidad de Varennes y Mr. Sausse creían salvar la nación con lo que hacían, pero estaban muy léjos de querer ofender á su ilustre cautivo; así es que le respetaban como á su soberano, pero tomando con él todas las precauciones que exige la seguridad de un preso. Todo esto no se le había escapado al rey, que se prometía que á las primeras intimaciones de Mr. de Bouillé, el respeto prevalecería sobre el patriotismo, lo cual haría que fuese puesto en libertad inmediatamente. Así se lo había manifestado el rey á sus oficiales.

Uno de ellos, llamado Mr. de Deslons, jefe del escuadrón de húsares destacado en Dun, había tenido conocimiento del arresto de S. M. á las tres de la mañana por el comandante del destacamento de Varennes, que había logrado escaparse de aquel punto. Inmediatamente, y sin aguardar las órdenes del general, que por otra parte no podía dudar cuáles habrían sido, hizo montar inmediatamente á sus húsares y partió á galope á Varennes para llevarse al rey á viva fuerza. Al llegar á las puertas del pueblo, las halló cerradas y defendidas por grandes masas de guardias nacionales. No permitieron éstos que los húsares entrasen en el pueblo; pero su comandante echó pié á tierra y pidió que se le condujese á la presencia del rey, en lo cual no hubo dificultad. Su objeto era, en primer lugar, informar á S. M. de que Mr. de Bouillé sabía todo lo acaecido, y venía á libertarle á la cabeza del regi-



El rey recibe á los comisionados de la Asamblea.—Pág. 87.

miento Real Aleman; además, quería este oficial informarse por sí mismo de si le era ó no posible forzar todos los obstáculos con su escuadrón hasta llegar á apoderarse de la parte alta del pueblo para llevarse al rey. Parecióle imposible penetrar á través de las barricadas con su caballería, y entonces se dirigió á la casa en que estaba el rey, para recibir sus órdenes.

«Decid á Mr. de Bouillé—contestó Luis XVI—que me hallo prisionero, y que por consiguiente, no puedo dar ninguna orden; que temo mucho que él tampoco pueda hacer gran cosa por mí, pero que le exijo que haga cuanto esté de su parte.» Mr. Deslons era de la Alsacia y hablaba perfectamente el alemán, en cuyo idioma dirigió la palabra á la reina para no ser entendido de las personas que les rodeaban. «Hablad en francés, caballero,—contestó la reina;—todo el mundo puede oír lo que tengais que decirme.» Mr. Deslons enmudeció y salió de allí desesperado, pero se quedó cerca de las puertas de Varennes, aguardando las fuerzas superiores mandadas por Mr. de Bouillé.

XXIV

El ayudante de Mr. de Lafayette, Mr. de Romeuf, llegó á Varennes á las siete y media de la mañana, con las órdenes de la Asamblea. La reina, que le conocía particularmente, le hizo las reconvenciones más patéticas por la odiosa comisión

de que se había encargado. En vano trató este oficial de calmar la indignación de su soberana con todas las muestras de respeto y de adhesión á su persona que eran compatibles con el rigor de las órdenes que tenía. Indignada la reina, pasó de las reconvenciones á las lágrimas y de éstas á la desesperación. El rey había tomado de manos de Mr. de Romeuf la orden de la Asamblea y la había puesto en la cama en que estaba acostado el Delfín. La reina, en un acceso de cólera, cogió aquel papel, lo arrojó al suelo y lo pisoteó, diciendo que un escrito de aquella naturaleza contaminaría el lecho de su hijo. «Señora, — le dijo entonces aquel joven oficial, — por vuestra salvación y por vuestra gloria os suplico que os hagais superior á vuestro dolor. ¿Quisiérais que otro que yo hubiese sido testigo de semejante acceso de desesperación?» Entre tanto se hacían precipitadamente todos los preparativos de marcha, por temor de que Mr. de Bouillé viniese á apoderarse del pueblo y tratase de dar un golpe de mano. El rey la retardaba cuanto le era posible, y cada minuto que pasaba le parecía ser una probabilidad más de conseguir la libertad; así es que se los disputaba uno á uno á sus carceleros. En el momento de subir á los coches, una de las damas de la reina fingió que la había acometido una indisposición grave y repentina.

La reina dijo terminantemente que no quería salir sin que aquella señora la acompañase, y no cedió sino á las amenazas que se le hicieron de obligarla á marchar á la fuerza, y á los gritos de aquel pueblo impaciente. Tampoco consintió que nadie tocase á su hijo. Cogióle ella misma en brazos, le subió al coche, y la régia comitiva, escoltada por tres ó cuatro mil guardias nacionales, se encaminó lentamente hácia Paris.

XXV

¿Qué hacía el marqués de Bouillé durante esta larga y penosa agonía del rey? Como hemos visto, había pasado la noche á las inmediaciones de Dun, pueblo que dista seis leguas de Varennes, esperando el correo que debía anunciarle la aproximación de los carruajes. A las tres de la mañana, viendo que nadie llegaba, y temiendo ser descubierto, se volvió á Stenay, para desde allí poder expedir órdenes á sus tropas si el rey sufría algún contratiempo. Llegó á las cuatro y media á su destino, precisamente en el momento en que los dos oficiales que había dejado el día anterior en Varennes y el comandante del escuadrón, á quien sus soldados habían abandonado, llegaban al mismo punto. Por ellos supo que el rey se hallaba detenido desde las once de la noche. Lleno de sobresalto, y atónito de que esta desgracia no hubiese llegado ántes á su noticia, dió orden inmediatamente al regimiento Real Aleman de montar á caballo y seguirle. El coronel ya había recibido orden la noche anterior de tener ensillados los caballos, pero no la había cumplido; así es que se perdieron tres cuartos de hora en esta operación, á pesar de que Mr. de Bouillé envió á su hijo al cuartel para acelerarla. Nada podía hacer el general sin este regimiento, por cuya razón, en cuanto estuvo formado en batalla fuera del pueblo, se dirigió á él con toda franqueza para sondear los ánimos. «Soldados, — les dijo, — el rey, que iba á poner en vuestras manos su libertad y áun su vida, se halla detenido en Varennes é insultado y cautivo en poder de los municipales. Oid sus órdenes: os está esperando, y cuenta impaciente los minutos. Vamos á libertarle y á volverle á la nación. Yo voy al frente de vosotros; seguid-

me.» Estas palabras fueron acogidas con el mayor entusiasmo, y Mr. de Bouillé distribuyó seiscientos luises entre aquellos soldados, que se pusieron en marcha inmediatamente.

De Stenay á Varennes hay nueve leguas de camino montañoso, que Mr. de Bouillé anduvo con toda la celeridad que el terreno permitía. A corta distancia de Varennes se encontró con un destacamento del Real Aleman detenido á la entrada de un bosque por unos guardias nacionales que hacían fuego sobre él. Entonces, tomando él mismo el mando de la vanguardia, arrolló á aquellos hombres y llegó á las nueve y cuarto delante de Varennes.

El todo del regimiento llegó poco despues, y Mr. de Bouillé reconocía el pueblo para ver por dónde podría dar el asalto, cuando vió un escuadrón de húsares que, según parecía, estaba también de observación. Este escuadrón era el de Dun, mandado por Mr. Deslons, que había pasado allí la noche aguardando refuerzos. Este jefe, en cuanto vió al general, se dirigió á él y puso en su conocimiento que ya hacía más de una hora que se habían llevado al rey. Dijole igualmente que el puente estaba roto, que en todas las calles había parapetos, que los dragones de Clermont y los húsares de Varennes habían fraternizado con el pueblo, y que Mrs. de Choiseul, de Damas y de Goguelat estaban prisioneros. Desesperado Mr. de Bouillé al oír estas nuevas, pero sin desanimarse, determinó seguir al rey y arrancarle de manos de los que le conducían. A este efecto envió exploradores á sondear los vados del río; pero á pesar de haber varios, no se encontró más que uno. Así las cosas, supo que las guarniciones de Verdun y de Metz, con alguna artillería, avanzaban precipitadamente á reunirse al pueblo para prestarle su apoyo. La campiña estaba cubierta de guardias nacionales y de tropas; los soldados que tenía á sus órdenes empezaban ya á vacilar, y los caballos, rendidos por una marcha de nueve leguas, no podían llegar ántes que el rey á Saint-Menehould. La energía de este hombre desapareció cuando ya no le quedó ninguna esperanza, y el regimiento Real Aleman volvió grupas. Mr. de Bouillé le condujo hasta las puertas de Stenay, guardando todo el mundo el más profundo y sombrío silencio. Entonces el general, seguido de los oficiales que más se habían comprometido en esta empresa, se dirigió al Luxemburgo y pasó la frontera perseguido por la espalda, ansiando que una de aquellas balas que le dirigían terminase su existencia, y con ella el martirio que interiormente sufría.

XXVI

Retrocedían entre tanto los coches del rey por el camino de Chalons con toda la velocidad que era posible á los guardias nacionales, que se relevaban á menudo, por cuya razón podían andar más de prisa. Pueblos enteros acudían á las orillas del camino por ver á aquel rey cautivo, conducido en triunfo por el pueblo, que se había creído vendido por él. Las picas y las bayonetas de los guardias nacionales apenas podían abrirse paso á través de aquel gentío inmenso que se renovaba sin cesar, pero era mayor cada vez. Los gritos, las amenazas, las risotadas y los insultos se sucedían sin interrupción, y el clamoreo del pueblo y sus vociferaciones eran tan continuados como el movimiento de las ruedas del coche. Este viaje fué para Luis XVI y su familia un calvario de sesenta leguas, en las que cada